

Amanda Labarca H.

## JOHN GALSWORTHY, NOVELISTA

**A**RTE de hombres cansados es el de nuestro tiempo. Cansados de las formas clásicas; ávidos de hallar una ar- cilla que no manejaron jamás dedos humanos, ansiosos de articular el grito jamás oído. En música, en pintura, en qué arte no pasamos hoy por el período de la contorsión, del manierismo, de la búsqueda hambrienta. Lo antiguo perdió su aroma. Lo nuevo rara vez satisface. Ante uno que otro artista, se exclama: he aquí el anunciador del verbo futuro. Un Juan Bautista. Mas el Mesías tarda.

La novela está acusada de decadencia. Le ocurre lo que a los demás géneros. Menospreciamos los carriles rectilíneos de la intriga y el metódico hilván del capítulo que cierra una crisis y conduce a otra. Todo eso no es vida. Tampoco nos parecen acomodados al mayor conocimiento de las telarañas de nuestro yo interior, los caracteres de una pieza, que se sostienen sobre sus rodillas sin que les flaquee jamás. Ni aceptamos que sea trasunto de la existencia el relato de *una* vida. Nadie hace hoy *su* vida. La modifican las presiones graves o infinitesimales de la sociedad, de la hora cívica que suena, del ritmo que hace subir o bajar las cotizaciones en el mercado. Quieras que no, somos participantes en la historia del mundo.

Por otra parte, estamos aprendiendo que las pasiones (tema el más novelable de todos) tienen mucho que ver con las secreciones de las glándulas endocrinas, que las genialidades no son obra de la voluntad sino el índice de una misteriosa mutación y que llevamos grabada sobre las vísceras la cifra de nuestro destino. ¡De poco nos sirve saberlo! No impide que las pasiones nos esclavicen o nos retuerzan las entrañas. Nuestro diminuto conocimiento del cosmos no resta sino que agrega un factor más a la desorientación fundamental de la existencia. ¿La tragedia griega? Para los Esquilos fué la cima del dolor posible, pero tras una cima, otras y otras se alzan, y hay más materia que novelar en la tragicomedia moderna que en todas las que se escribieron.

La novela antigua ha muerto. Viva la novela. No asistimos a una decadencia sino a una transformación. Los años nos responderán si entre las formas nuevas que a diario apuntan, hay alguna que merezca sobrevivir. Nordos, rusos e ingleses mantienen hoy el cetro de la ficción en prosa. Los dos grupos últimos forman una pareja de contrastes estupendos. Desentrañan los rusos el alma y la exprimen sangrante entre sus dedos. Cada personaje lleva su clínica de vivisección a cuestras en donde es a la vez el paciente y el operador. La novela post-revolucionaria nos los muestra despellejados de prejuicios, de convenciones, de leyes. (Belleza y repugnancia de la carne.) A su lado, la gran novela inglesa relata vidas que no hacen otra cosa que cubrirse, ocultarse, extender un velo entre sus intimidades y la luz. Expresar una emoción es *shocking*. Salirse del credo de su clase, un *snobismo*, olvidarse de la compostura, una debilidad. Bracean en el mismo oleaje de pasiones que los rusos que nadan desnudos. Los ingleses, con toda la impedimenta de sus castas, de sus fórmulas, de sus arcaísmos. Wells, Galsworthy, y en un peldaño diferente Bennett y Chesterton, son las firmas más cotizadas entre los novelistas ingleses. Hablaremos ahora de Galsworthy.

Dramaturgo, novelista, conferenciante. Lo vi en 1919 en Nueva York, en uno de los tantos auditorios. Desde mi butaca —no de las delanteras— lo divisaba de contextura frágil, alto y de un blancor pálido. Lo único destacante en él era la frente agrandada por la calvicie. Vestía con compostura tímida. La voz sonaba menuda, monótona y nada grandilocuente. El público suplía con la selección y la reverencia en escucharle, el número relativamente escaso.

Su historia carece de aventuras espectaculares. Nació en 1867 en Colombre, Surrey, y fué a educarse en el santuario de

la caballería británica: Oxford. Preparado para la jurisprudencia, obtuvo su título en 1890. Pero no serpenteaba por los tribunales el cauce de su vocación. En 1898 publicó una colección de novelas cortas: *Jocelyn*. En 1904, *Los fariseos de la isla*. Desde entonces acá, más de una docena de novelas y otros tantos dramas (1).

LAS NOVELAS. Dado el ritmo febril de la vida de hogar, una tendería a afirmar que series como *La Comedia Humana* o *Los Episodios Nacionales* difícilmente encontrarían lectores. Y sin embargo... Las novelas de Galsworthy se apartan en dos grandes grupos, formado uno por la *Saga de los Forsyte* y el otro por las novelas de entidad aislada.

En 1906, al escribir el primer volumen de la *Saga—The Man of Property* (2)—, ¿tuvo Galsworthy la visión del desarrollo que alcanzaría su tema? ¿Delineó desde un comienzo la figura de Soames como eje de una serie novelesca que abarcaría medio siglo? ¡Quién sabe! Ningún indicio pareció anunciarlo entonces. Pasaron catorce años en que el autor entregó a la vida personajes de toda índole; catorce años en que los hombres encandilaron conflagraciones mundiales y en que pareció que volcaban en el vacío el cofre de la cultura occidental. Años sangrientos, mortíferos, tribuladores. ¿Lograrán hacer cambiar fundamentalmente al «hombre de la propiedad» y a su familia? Nos lo dirán las novelas siguientes: *In Chancery* (*Ante el Tribunal de equidad*) y *To let* (*Se alquila*), publicadas en 1922 y 23, respectivamente. Dos novelas breves trazan el guión entre las tres grandes piezas: *The Indian Summer of a Forsyte* (*El veranito de San Juan de un Forsyte*) y *Awakening* (*El despertar*). La primera trilogía está completa. La acción trans-

---

(1) He aquí una lista de sus obras: *Jocelyn* (1898); *The Island Pharisees* (1904); *The Man of Property* (1906); *The Country House* (1907); *Fraternity* (1909); *The Patrician* (1911); *The Dark Flower* (1913); *The Freeland* (1915); *The Indian Summer of a Forsyte* (1918); *In Chancery* (1920); *Awakening, To Let* (1920); *The White Monkey* (1922); *The Silver Spoon* (1924); *Swang Song* (1928); *Beyond, Saint's Progress*. Fuera de estas novelas, ha publicado algunos volúmenes de cuentos, poemas, ensayos sobre la guerra y los siguientes dramas: *The Silver Box* (1906); *Joy* (1907); *Strife* (1909); *Justice* (1910); *The Pigeon* (1912); *The Eldest Son* (1912); *The Fugitive* (1915); *The Skin Game* (1920); *Loyalties* (1922); *The Forest* (1924). En el presente estudio nos referiremos sólo a su producción novelesca.

(2) No conocemos traducción castellana de esta obra. La francesa se apoda *Le propriétaire*, nombre, a mi juicio, con mucho menos alcance significativo que el inglés, en el cual la palabra *property* insinúa a la vez lo que se posee y lo que es correcto, propio. No el propietario, sino *el hombre de la propiedad*, me parecería más adecuado.

curre en las últimas décadas del siglo XIX y los personajes son los Forsytes de los cuales habrá que hablar en seguida con detenimiento.

La post-guerra, la desazón espiritual de estos años en que sobre la suerte de los países juegan sus dados el bolcheviquismo, por una parte, y por otra, la reacción conservadora, proporciona un fondo magnífico para que sigan actuando los retoños de la gran familia. De esta segunda serie: *The White Monkey* (*El Mono blanco*) apareció en 1924, *The Silver Spoon* (*La cuchara de plata*) en 1926, y en 1928 *Swan Song* (*El canto del cisne*) con que se finaliza la historia. Para musicalizar el compás de espera entre los tres volúmenes, escribe otra vez dos *intermezzos*: *A silent wooing* (*Arrullo silencioso*) y *Passers-by* (*Transeuntes*). La segunda trilogía da término a la serie.

El total abarca medio siglo de vida burguesa. Abuelos que ahora viven sólo al través de lo que alcanzan a vislumbrar en la vida de sus nietos: hijos que envejecen apaciblemente cicatrizando heridas en que corrieron la sangre y el amor irrestañablemente. Nietos en que se desborda la lava de los veinte años. Tres generaciones que dan cuenta de la evolución inglesa desde la sanguínea Reina Victoria hasta el esmirriado Jorge V. Esa evolución, pese a los artefactos de radio y las discordancias del jazz, no parece profunda. La variación de que es capaz la naturaleza humana es ¡ay! bien limitada. Al son de Eurípides, del Dante o de Verlaine, el corazón se entrega a una misma danza ritual. Pueden trocarse detalles. En el fondo, permanece idéntica. No variamos. Y cuando queremos variar radicalmente, nos transformamos en monstruos.

Claman los jóvenes por una auténtica novedad. Precisamente eso es lo eterno de la juventud. Tal ansia de renovación es tan vieja como el mundo. En la Saga, los Forsytes de la tercera generación sufren con otros nombres las angustias de la primera y la segunda. Todo se transforma dentro de un ciclo que no varía, dijo ya el filósofo antiquísimo.

The persistence of the Past is one of those tragic-comic blessings which each new age denies, coming cock-sure on to the stage to mouth its claim to a perfect novelty. But no age is so new as that! Human Nature, under its changing pretensions and clothings, is and ever will be very much of a Forsyte, and might, after all, be a much worse animal.

Looking back on the Victorian era, whose ripeness, decline and «fall-off» is in some sort pictured in *The Forsyte Saga*, we see now that we have but jumped out of a frying-pan into a fire. It would be difficult to substantiate a claim that the state of England was better in 1913 than it was in 1886, when the Forsytes assembled at Old Jolyon's to celebrate the engagement of June to Philip Bossiney. And in 1920, when again the clan gathered to bless the

marriage of Fleur with Michael Mont, the state of England is as surely too molten and bankrupt as in the eighties it was too congealed and low-percentage (1).

André Chévrillon en el ensayo que dedica a Galsworthy en su libro *Trois études de Littérature Anglaise*, califica la saga como «la historia natural de los Forsytes», tomando a éstos como a los típicos representantes de la «gentry» ciudadana inglesa. Tal intento de efectuar un estudio realista, en el sentido que cobra este término en el léxico francés, es paladinamente rechazado por el autor. En el prólogo de la edición completa, explica:

This long tale is no scientific study of a period; it is rather an intimate incarnation of the disturbance that Beauty effects in the lives of men (2).

Es verdad. Aunque refiere con acopio de detalles la vida cotidiana de sus personajes, no pretende ni por un instante que su novela sea un *documento*—a lo Flaubert—de las costumbres del ochenta y noventa. Las subraya sólo en el caso en que sirvan a la mejor comprensión del torbellino pasional en que se mueven. Tiene, pues, la Saga poquísimamente colorido histórico y nada de referencias a las cuestiones que el *Times* de 1886 ó 1898 hubiera tratado en sus editoriales.

Estamos por creer que tal limitación no constituye un grave defecto. Al revés de lo que acontece con Wells, cuyas obras por lo general tienden a registrar el vaivén político del instante en función del pasado y el futuro del mundo, la novela de Gals-

(1) «La persistencia del pasado es una de esas bendiciones tragi-cómicas negada por cada edad, que llega osadamente al tablado a vocear su pretensión de una novedad perfecta. ¡Pero ninguna edad es tan nueva! La naturaleza humana, bajo vestidos y ambiciones cambiantes, es y será siempre muy parecida a un Forsyte, y podría después de todo, ser un animal mucho peor.

Retrocediendo a la época victoriana, cuya madurez, declinación y desaparecimiento se dibuja en cierto modo en «La Saga de los Forsytes», vemos ahora que salimos de las llamas para caer en las brasas. Sería difícil probar la tesis de que el estado de Inglaterra era mejor en 1913 que en 1886, cuando los Forsytes se congregaron en casa del Viejo Jolyon a celebrar el compromiso de June con Felipe Bossiney, y en 1920, cuando de nuevo se reunió el clan para bendecir el matrimonio de Flor con Miguel Mont, el estado de Inglaterra seguramente se presenta tan reblandecido y en bancarrota como congelado y depreciado estaba en el ochenta». *The Forsyte Saga*, Ed. Tauchnitz pág. 8.

(2) «Esta larga historia no es un estudio científico de un período; es más bien una encarnación íntima de los disturbios que la Belleza efectúa en la vida de los hombres». (Op. cit. pág. 9.)

worthy es menos ambiciosa, mas insular y mas típicamente británica. Si lo que nos interesa es el rasgo propio que distingue al género inglés, leamos con preferencia a Galsworthy. Si queremos darnos cuenta de cómo el mundo actúa sobre la mente de tal género, abramos alguna de las últimas novelas de Wells.

La Saga nos pone en contacto con pasiones antes que con costumbres; nos adentra en el espíritu de la burguesía inglesa. ¡Que nosotros deduzcamos si a la postre esa gente reacciona o no como los demás! Los paños de los dos trípticos resultan de valor desigual. Conmovedora, apasionante es la tragedia disfrazada de cotidianismo con que se inician. Los personajes de *El hombre de la propiedad*, a quienes sólo concluimos de conocer al finiquitar el volumen, fascinan unos precisamente por motivos contrarios que los otros. La emoción ejecuta allí un crescendo formidable. Las novelas que siguen gustan, conmueven, interesan, pero no poseen la atracción de obra maestra que la primera. Es que ya conocemos la lógica de los personajes, su fatalidad. Hagan lo que hagan no romperán la envoltura que Galsworthy les dió al nacer. Novedad, pasión, arranque novelesco ya no lo encontramos en la serie sino al final, cuando los nietos se enfrentan con sus limitaciones adultas, cuando madura en ellos la personalidad y la pasión libra su victoria o su derrota definitiva.

EL HOMBRE DE LA PROPIEDAD. Mueve a sonrisilla irónica encontrar en el frontispicio de la novela un árbol genealógico que suma cuatro generaciones y más de cincuenta ramas. ¡Por grande que sea nuestro empeño lector, no da para distinguir a tanto personaje! Ni siquiera pretendemos recordar los nombres. Volteadas las cien páginas, saludamos a todos los Forsytes como a viejos conocidos.

Son la burguesía acomodada de Inglaterra: mercaderes, banqueros, hombres de negocios, abogados, la dura osamenta del cuerpo social. En sus manos, el dinero alcanza el mayor valor adquisitivo. Saben cómo recaudarlo y dónde conviene invertirlo con el máximo de interés y el mínimo de riesgos. Adquieren casas, carruajes, muebles, obras de arte, vajillas y esposas de subido precio. Casas, carruajes, muebles, obras de arte, vajillas y esposas de calidad, de suerte que resulte un excelente negocio comprarlas en alto precio. Arquetipos de la corrección mercantil, esclavos de la propiedad y tozudos amos

de lo que poseen. (1), elevan al rango de dogma el respeto por «las cosas tales como son». Estimarían un insulto que alguien dudara de su «practicismo» y sin embargo, muy desleída, es cierto, les corre una que otra hebra artística, es decir, de desviación del tipo hacia lo que nos puede cotizarse en chelines y peniques. Uno de los Forsytes (Jolyon segundo) pinta acuarelas subrepticamente. Soames colecciona cuadros, June es una mecenas a su singularísimo modo; todos sienten alguna vez el hechizo de la belleza: ¡llamado de lo inefable, voz que la naturaleza humana no se resigna a desoír enteramente aun entre el tintinear de las libras!

Constituyen una prolífica y robusta familia. Mientras comulgan en una idéntica veneración al dinero, a la Sociedad—con letra mayúscula—y a sus leyes, escritas o no, se estiman. Los rasgos personales que los diferencian los mueven a recelarse. Secretamente se desprecian. Entre los viejos, los diez hermanos—entre varones y señoras—, todos los cuales pasan de los ochenta y se conservan excelentemente bien de fortuna y de salud, existe una solidaridad mas afectuosa. Entre los primos—lote de mozalbetes vanidosos, a juicio de algunos tíos—no se escatiman los pinchazos. Especialmente ese Soames es un posma. Su tío Jolyon el viejo, no lo puede soportar (2).

Es entre todas, la figura del viejo Jolyon la más simpática. Su existencia nonagenaria abarca desde la primera a la última década del siglo XIX. Testarudo, próspero, recio, la prosperidad de la era victoriana se refleja en él. Camina con firme dig-

---

(1) «We are of course, all of us the slaves of property, and I admit that it's a question of degree, but that I call a «Forsyte» is a man who is decidedly more than less a slave of property. He knows a good thing, he knows a safe thing and his grip on property—it doesn't matter wether if be wives, houses, money or reputation—is his hall-mark.» (Op. cit. pág. 239.) «Somos, por cierto, todos nosotros esclavos de la propiedad. Admito que en ello existan grados. Mas, a lo que apodo un Forsyte es a un hombre que es más que menos esclavo de la propiedad. Distingue lo superior, lo seguro, y la fuerza con que empuña su propiedad—no importa que sea esposa, casa, dinero o reputación—es su distintivo.»

(2) «There was and always had been a subtle antagonism between the younger man and the old. It had lurked under dry manner of greeting, under their non-committal allusions to each other, and arose perhaps of the quiet tenacy («obstinacy» he rather naturally called it) of the young man, of a secret doubt whether he could get his own way with him.» (Op. cit. Pág 186.) «Existía y había existido siempre un antagonismo sutil entre el joven y el viejo. Emboscábase ese antagonismo en la forma seca de saludarse, en las alusiones veladas del uno al otro, y surgía tal vez de la tranquila tenacidad del joven—de «obstinación» la calificaba naturalmente el anciano—y de la secreta duda de éste acerca de las intenciones del sobrino: ¿pretendería imponérsele el mozo?»

nidad por el sendero de los años y creyérase en el ocaso a salvo de mayores desventuras si la coraza de su «propiedad» no cubriese dos grandes sentimientos: el hijo y la nieta. Por allí le alcanza el dolor que solamente puede herirnos en lo que amamos. Sus órbitas interceptan la del sobrino Soames, cuya mujer sostiene en sus manos pasivas, en sus lindas manos piadosas, el nido de víboras de la tragedia.

Soames Forsyte es un hombre casi irreprochable. El cumplido tipo de la habilidad en el honrado manejo del dinero. Encarna por excelencia al «hombre de la propiedad». Navega con seguridad matemática en el mar de la prosa humana, de las leyes, de los dividendos y de los negocios de sus clientes. Es ferozmente correcto. No lo ha agraciado Dios—en este caso Galsworthy—con un adarme de fantasía. Supone que todo puede comprarse y una vez que adquiere con los rigorismos de los contratos, no admite excusa alguna para que no se le entregue lo estipulado.

Estampa su propiedad con rigor e intolerancia. ¡Qué otra cosa puede esperarse de él! Con lo cual se hace profundamente antipático, sobre todo a quien sufre de cerca su tiranía propietaria: Irene. Ave de otro nido es Irene. Hija de un catedrático, inclinaciones artísticas, la temprana influencia de un medio de estudio y una natural actitud ante la vida de «yo nada pido», la separan substancialmente de los hombres acaparadores que son los Forsytes.

La conquistó Soames después de un porfiado cerco. Temerosa del porvenir, puso por condición de esponsales que si no armonizaban, él le devolvería su libertad. ¡Qué no se promete a la novia! Mas, ahora, ante la Sociedad y los contratos, él es su legítimo dueño. Y ella comprende, desde la luna de miel, que jamás dejará de repugnarle su contacto. Falta de combatividad, incapaz de tomar por sí sola una iniciativa, en los cuatro años que lleva de matrimonio lo único que ha logrado es aprender a retraerse, a vivir dentro de su piel con cierta decisión tímidamente orgullosa. El marido no es de aquellos que abandonen así no más lo que poseen. De todas sus propiedades, ésta es la que más valoriza su corazón. A su modo, la ama, la cuida, la cela. Cada frialdad le irrita el amor propio, le enciende el deseo de conquista, lo hiere en su sentido de la propiedad. Y a pesar de todo, al empezar la novela, allá por la década del ochenta en el siglo pasado, se cuchichea entre las tías viejas que Irene pretende apartar dormitorio. ¿Dónde y cuándo se ha visto cosa mas impropia?

Perdone el lector. La novela no se abre con tales comidillas



de tías. Esta es una de las preocupaciones menores en el capítulo inicial que nos introduce con lujo de detalles al sarao que ofrece el gran Jolyon para celebrar los esponsales de su nieta Junia con el arquitecto Felipe Bossiney. Toda la larga parentela Forsyte escudriña a este *specimen* raro que la muchacha pretende incluir en la familia. Un arquitecto de talento, parece, pero sin un centavo y que se permite asistir a las visitas de vistas—¡imagínese Ud!—con un sombrero de paño suelto. Así es cómo ante los ojos de todos los Forsytes, Irene y Felipe se encuentran por primera vez. Ya está insinuado el tema. Vulgarísimo. Incompatibilidad entre los cónyuges y el tercero que aparece. El motivo novelesco de que más se ha abusado. ¿Qué novedad puede darle un autor en los comienzos del siglo veinte? No analizarlo. Ni mencionarlo siquiera en los primeros capítulos. Apenas unas ligeras nubes se levantan en el horizonte del clan. A Felipe se le ve muy poco con su novia. Habrá que ayudar a que se case esa pareja. La construcción de una casa de campo—ya comienza a ser de buen tono poseer una residencia en las afueras de la capital—va a permitir a Soames explotar un poco la situación de Bossiney que en esta oportunidad tal vez contrate su trabajo por el *mínimum* de dinero, recluir a Irene lejos de las tentaciones londinenses y aparecer ante la parentela extendiendo una mano protectora a la nieta del viejo Jolyon. ¡Soberbio negocio!

La casa se inicia. Sigue su curso la vida. A fuer de gente de pro, los Forsytes reciben, entierran ceremoniosamente a la tía Ana, defienden con tesón su dinero, acaparan más, comen bien, asisten en debida gala a las invitaciones que extienden los otros Forsytes, inquietan, comentan, analizan y desmenuzan los hechos que por rozar a los Forsytes son los más grandes del universo. Y algunos de esos hechos dan que pensar. Este es el visible argumento de la novela: la reacción de toda esa familia tan bien acomodada en su dinero, tan puntillosa, con tanto espíritu de clan y tanto terror al escándalo: la Inglaterra del ochenta al noventa: damas de criterio y cintura estrecha, cuello subido e interjecciones pudibundas; señores de ávido puño y guantes color perla que guían sus faetones a las carreras de Epsom, la Reina Victoria gorda y bonancible sobre el trono y los buques británicos traficando en los siete mares.

¿La relación entre Irene y ese Bossiney no va mas allá de un flirt sin importancia? ¿Irán? ¿No! Piense Ud. que se trata de la esposa de un Forsyte, de un miembro de nuestra familia. Sin duda que no puede pasar más allá.

How far, how far had «those two» gone? How far they were going to go? Could they really be going at all? Nothing could surely come of it for neither of them had any money. At the most a flirtation ending, as all such attachments should, at the proper time (1).

Aunque el clan entero husmea un peligro, nadie se atreve a manifestar que cree en él. Y se van acumulando los pequeños indicios. Por sí solo, ninguno sustenta una evidencia y juntos principian a ser más acusadores que un fiscal. Hoy es un fragmento de conversación escuchado por Junia:

—Ah! There were such heap of things I wanted to talk about and now we shan't have time!

Irene's voice answered:—Why not at dinner?

—How can one talk!

June's first thought was to go away, but instead she crossed to the long window opening on the little court. It was from there that the scent of the azaleas came, and, standing with their backs to her, their faces buried in the goldenpink blossoms, stood her lover and Irene.

Silent, but unashamed, with flaming cheeks and angry eyes, the girl watched.

—Come on Sunday by yourself. We can go over the house together.

June saw Irene look up at him through her screen of blossoms. It was not the look of a coquette, but—far worse for the watching girl—of a woman fearful lest that look should say too much.

—I've promised to go for a drive with Uncle Swithin.

—The big one! Make him bring you; it's only ten miles, the very thing for his horses.

—Poor Uncle Swithin!

A wave of the azaleas scent drifted into June's face; she felt sick and dizzy.

—Do, ah! do.

—But why?

—I must see you there. I thought you'd like to help me.

The answer seemed to the girl come softly with a tremble from amongst the blossoms.

—So I do.

And she stepped into the open space of the window.

—How stuffy it is here—she said—. I can't bear this scent.

Her eyes, so angry and direct, swept both their faces (2).

Mañana es el arcaico tío Swithin, a cuyos oídos llegan lejanamente los rumores, y que insiste en ir a ver la casa en construcción. (En realidad lo que desea el buen caballero es con-

---

(1) «¿Hasta dónde, hasta dónde habían ido «esos dos»? ¿Hasta dónde irían a llegar? ¿Podrían dejarse ir en realidad? A ninguna parte llegarían sin duda, porque ninguno de los dos tenía dinero. A lo más sería un flirt que concluiría como todas estas atracciones a su debido tiempo.»

(2) «—Tantas cosas de que quería hablarle y ahora no tendremos tiempo!

La voz de Irene respondió:

—¿Por qué no en la comida?

vencerse por sus propios ojos de la inculpabilidad de Irene de cuya belleza también es un admirador.) Retorna seguro de que el arquitecto está perdidamente enamorado. ¿E Irene? A sus hermanas, les afirma enfáticamente que no, pero muy en su fuero interno tememos que haya comprendido más de lo que dice. Le retiñe en el recuerdo una frase de su sobrina. Al regreso, los caballos se desbocaron:

When—Swithin described it at Timothy's—I pulled them up, there she was as cool as myself. God bless my soul! She behaved as if she didn't care whether she broke her neck or not! What was it she said?: «I dont' care if I never get home!» Leaning over the handle of his cane, he wheesed out, to Mrs. Small's terror:

—And I' m not altogether surprised, with a finicking feller like young Soames for husband (1).

La verdad es que todos los hombres del clan son sensibles al hechizo que mana de la elegancia, la callada belleza y la dulzura de Irene. Las mujeres. . . ; bueno, las mujeres es otra cosa. En la balanza de su juicio el sortilegio de otra mujer no pesa, y sí el recuerdo de las innúmeras violencias que cada cual ha

—¡Cómo se puede hablar!

El primer pensamiento de Junia fué marcharse, pero, por el contrario, atravesó hacia la gran ventana que se abría sobre el patiezuelo. De allí venía el perfume de las azaleas, y de pie, dándole las espaldas, semi ocultos sus rostros en los capullos de rosa y oro, estaban su novio e Irene.

Silenciosa y sin avergonzarse, la niña observó con las mejillas ardientes e iracundos ojos.

—Venga sola el Domingo. Podríamos visitar la casa juntos.

Junia vió que Irene lo miraba tras su celosía de flores. No era la mirada de una coqueta sino—mucho peor para la vigilante niña—la de una mujer temerosa de que su mirada dijera demasiado.

—He prometido salir en coche con el tío Swithin.

—¡La gran persona! Dígale que la lleve. Son sólo diez millas, lo preciso para sus caballos.

—¡Pobre tío!

Una onda del perfume de las azaleas derivó hacia el rostro de Junia produciéndole malestar y vértigo.

—¡Por favor!

—¿Pero por qué?

—Necesito verla allí; yo pensaba que Ud. quería ayudarme.

A la niña le pareció que la respuesta venía trémula y suave entre las flores:

—Así es.

Y avanzó hacia el espacio abierto de la ventana.

—¡Qué sofocante está aquí!—dijo—, este perfume no se puede soportar.

Sus ojos airados y francos abrasaron sus dos semblantes.» (Op. cit. pág. 139).

(1) «Cuando—Swithin lo describía en casa de Timoteo—los pude sujetar, allí estaba ella tan impasible como yo. ¡Dios me bendiga! se condujo como si no le importase si se quebraba la cabeza! ¿Qué fué lo que dijo?: «Ojalá no

debido imponerse para encauzar sus inclinaciones entre los ribazos de las leyes. ¡Es humano que las mujeres juzguemos ásperamente a aquella que traiciona la norma de sumisión que todas, alguna vez, hemos querido quebrar!

Y el marido... incertidumbre, desconfianza, recelo, ira, rencor, no hay angustia del amor desengañado que no apure. Sus dificultades con Irene no son una novedad—ya lo sabemos—, pero él no pierde la esperanza de que ella le corresponda, de que se someta, de que muestre un resquicio por el que vislumbre una ilusión. ¡Sobre el arquitecto desencadenaría él sus rayos, si pudiera! Las relaciones que les unen como dueño de la propiedad que el otro edifica se encrespan, se agrían, se hacen mortificantes para ambos. Bossiney querría construir la vivienda adecuada de una diosa. Soames aprieta con tacañería la bolsa, y por dineros más, dineros menos, casi dejan la obra inconclusa. Prosiguen, sin embargo (Soames no es hombre de abandonar a medio camino lo que emprende), y—ya a punto de recibirla—advierte que, contra todas las estipulaciones, Bossiney sobrepasó el presupuesto en trescientas cincuenta libras. Hombre de dinero y leyes, aquí tiene su venganza:

Seated in her usual seat on the sofa, she was altering the lace on a collar. She had not once spoken to him all the evening.

He went up to the mantelpiece and contemplating his face in the mirror, he said:

—Your friend, the Buccaneer, has made a fool of himself; he will have to pay for it.

She looked at him scornfully and answered:

—I don't know what you are talking about!

—You soon will. A mere trifle, quite beneath your contempt—four hundred pounds.

—Do you mean that you are going to make him that towards this hateful house?

—I do.

—And you know he's got nothing?

—Yes.

—Then you are meaner than I thought you.

Soames turned from the mirror, and unconsciously taking a china cup from the mantelpiece, clasped his hands around it, as though praying. He saw her bosom rise and fall, her eyes darkening with anger, and taking no notice of the taunt, he asked quietly:

—Are you carrying on a flirtation with Bossiney?

—No, I am not!

Her eyes met his, and he look away. He neither believed nor disbelieved her, but he knew that he had made a mistake in asking; he never had known,

---

volviese más a casa!» Acezante, apoyado en el mango de su bastón, aterró a la Sra. Small al confesar:

—Lo que no me sorprende en absoluto, con ese mozalbete afectado que tiene de marido!» Op. cit. 160.

never would know what she was thinking. The sight of her inscrutable face the thought of all the hundreds of evenings he had seen her sitting there like that, soft and passive, but so unreadable, unknown, enraged him beyond measure.

—I believe you are made of stone—he said, clenching his fingers so hard that he broke the fragile cup. The pieces fell into the grate. And Irene smiled.

—You seem to forget—she said—that cup is not!

Soames gripped her arm.

—A good beating—he said—is the only thing that would bring you to your senses—but turning on his heel, he left the room (1).

De allí en adelante, la acción se precipita. La esposa se encierra en su dormitorio, arreglándole uno al marido en el cuarto de vestir. Soames insiste en entrar, intenta forzar la puerta, derribarla a golpes y sólo le detiene el temor de que los sirvientes se enteren del escándalo.

Entretanto, Bossiney... Galsworthy que cuando se trata de pintarnos cómo viven, reaccionan y piensan los Forsytes no trepida en referir hasta el detalle de sus menus, envuelve a la pareja enamorada en un recato pudoroso. ¿Qué sucede entre ellos? ¿Por qué caminos escondidos, silentes, engañosos han llegado a amarse, y si son amantes no sólo en el pensamiento, en medio de qué dudas viven, de qué sobresaltos, de qué goces? A penas en uno que otro párrafo, levantada un instante la celosía, vislumbramos el destellar de la pasión que barre toda lógica y descarría todos los raciocinios.

---

(1) «Sentada en su sitio habitual en el sofá, modificaba el encaje de un cuello. No le había hablado una sola vez en toda la noche.

El se adelantó hacia la repisa de la chimenea y contemplando su rostro en el espejo dijo:

—Tu amigo el Bucanero se ha enredado en una tontería y tendrá que pagarla.

Ella lo miró desdeñosamente:

—¡No sé de qué estás hablando!

—Pronto lo sabrás. A penas una bagatela, despreciable: cuatrocientas libras.

—¿Quieres decir que lo vas a multar por esa odiosa casa?

—Eso mismo.

—¿Sabiendo que no tiene nada?

—Sí.

—Entonces eres más ruin de lo que yo pensaba.

Se volvió Soames y tomando inconcientemente una taza de porcelana de la repisa, la entrelazó con sus manos como si estuviera implorando. Veía cómo se alzaba y descendía el pecho y se oscurecían de ira los ojos de Irene. Sin tomar en cuenta su vituperio, preguntó quietamente:

—¿Estás flirteando con Bossiney?

—No, no lo estoy.

Los ojos de ella encontraron los suyos y él los desvió. No sabía si creerle o no, pero se daba cuenta de que había cometido una equivocación al preguntar. ¡Nunca supo, nunca sabría lo que estaba pensando! La visión de su rostro ines-

Asimismo en Soames. A él también la pasión le ciega. Y una noche, más fuerte que todo, habla su instinto de propietario, su rencor de marido despechado y su afán de estampar en esa mujer que le huye su dominio. . . . Un hombre enloquecido zigzaguea tambaleante entre la niebla de la noche de Londres. Uno de los primos Forsyte reconoce en él al arquitecto:

Bossiney walked right out the thoroughfare—a vast muffled blackness, where a man could not see six paces before him; where, all around, voices or whistles mocked the sense of direction; and sudden shapes came rolling slow upon them; and now and then a light showed like a dim island in an infinite dark sea (1).

Enloquecido, vejado en su amor, impotente para arrancar a la amada del hombre que le ha inflingido la marca brutal de su posesión, se debate en la niebla de Londres como un león en la trampa. La trampa de las convenciones, de las leyes, de toda la parafarnelia de la Sociedad. ¡Qué ha de curarse de la niebla quien atraviesa por una sin salida! Y camina, zaquea, corre como si a cada instante le fustigase la carne el recuerdo del oprobio. Al día siguiente, se ve en los tribunales la causa Forsyte-Bossiney. La defensa lo busca en vano. Logra sin dificultad el abogado contrario que se le condene. Algunos parientes felicitan a Soames que ha logrado que el brazo de la justicia caiga sobre el transgresor. Sólo que éste ya ha pasado mas allá de toda ley humana, atropellado y muerto entre la niebla de Londres.

Cuanto acabamos de referir no constituye la novela. Es sólo una de las irrupciones de la pasión y la hermosura en el país de la burguesía inglesa de fines del siglo pasado. Su historia registra otras más. Desde luego, tenemos la que podría intitularse: «camino de reconciliación» en que se nos refiere cómo después de cerca de tres lustros de extrañamiento, padre e

---

crutable, el recuerdo de todos los cientos de noches en que la había visto tal como ahora suave y pasiva, pero tan ininteligible, lo encolerizó hasta la demencia.

—Pareces hecha de piedra—dijo, apretando sus dedos tan fuerte que saltó la frágil copa en pedazos al fuego. Irene sonrió.

—Olvidas que la copa no—repuso.

Soames la asió del brazo:

—Una buena zurra, le dijo, sería lo único que te trajera a la razón—pero apartándose, abandonó el cuarto.» (Op. cit. pág. 209.)

(1) Bossiney se apartaba de la acera hacia el medio de la calle: una embozada nebrura en que nadie podía divisar ni a seis pasos; donde todo al rededor, voces o silbidos, burlaban el sentido de la dirección y donde formas repentinas caían rodando sobre uno, y aquí y allá se mostraba una luz como una turbia isla en un mar de infinita oscuridad.

hijo se acercan: el viejo Jolyon y su unigénito que en otro tiempo abandonara esposa, hija y familia impelido por ese mismo irresistible signo. Y si en el tratamiento de la pasión, Galsworthy sobresale en el hallazgo de ese detalle único que sugiere todo un mundo de emociones, así en este otro tema nos conduce con delicadeza casi femenina a esa región encantadora en que el hombre viejo se siente ungido de amor por la mano pequeña y acariciante de los nietos.

Hemos analizado con este detenimiento el tema de *El hombre de la propiedad*, en parte porque es la novela fundamental de la Saga y también porque en el tratamiento de sus motivos nos muestra una técnica original que, según lo veremos en seguida, llega a ser una de las características de Galsworthy. Fondo: un grupo de personajes unidos por un sentimiento familiar empecinado y a la vez con una individualidad tan recia, tan pertinaz, tan celosa de sus fueros, que les convierte no en un territorio compacto sino en un archipiélago de islas semejantes y diferentes. (Inglaterra.) Accesorios: la riqueza pacientemente acaparada que exige obstinación y que del dinero transmuta esta calidad a las demás «propiedades» de la vida. Motivos novelescos: varios que se armonizan como las diversas notas de un acorde.

Ahora bien, cada uno de tales motivos se desarrolla en estilo diferente. Por ejemplo: la vida de los Forsyte con acuciosa prolijidad. La pasión de Irene y Bossiney, al repercutir en el apretado clan con igual análisis; pero en modo opuesto cuando el autor subraya, en párrafos muy cortos, lo que el Forsyte vigilante no ha visto. En éstos, del tono narrativo se pasa al lírico; el análisis se transforma en síntesis; se abandona la técnica detallada de la novela y se dijera que pasamos a la de un cuento, como si eso de que se habla fuera otra historia merecedora de otro tratamiento.

André Chévrillon, en el estudio ya citado, observa esta multiplicidad de temas y de modos superpuestos:

M. Galsworthy use simultanément de deux moyens contraires: l'un qui consiste à tout dire, et l'autre à ne pas tout dire, et cela sans difficulté, car le plus souvent, et c'est le trait le plus original de son art, la réalité dont il s'occupe dans un même instant est double et se compose sur deux plans différents. Tandis qu'il suit par le détail un certain ordre de faits, il est un autre qu'il nous laisse deviner, et cela sur de minimes indices, mais si attentivement choisis! En général c'est le plus émouvant; c'est la passion ou l'action des grands personnages, qu'il préfère suggérer en des evocations fragmentaires et dont notre imagination, adroitement sollicitée, doit combler les lacunes (1).

(1) André Chévrillon. Op. cit. pág. 183.

Cuando el encantador armatoste que es el viejo Swithin, va con Irene a curiosear en la casa que edifica Bossiney y de regreso desmenuza con sus hermanas los incidentes del viaje, deja en silencio un recuerdo: el de la visión de Felipe recogiendo furtivamente un pañuelo. Y el capítulo se termina así:

It did not occur to him to wonder what Bossiney had done after they had left him there alone; whether he had gone wandering about like the dog to which Swithin had compared him; wandering down to that copse where spring was still in riot, the cuckoo still calling from afar; its fragrance mingling with the scent of mint and thyme. Gone down there with such a wild, exquisite pain in his heart that he could have cried out among the trees (1).

Conflicto de pasiones individuales en que, quieras que no, tienen que participar las gentes de un grupo representativo británico, personajes de la alta burguesía o de la clase artista que se ven arrastrados a declararse en guerra contra la dignidad, el empaque y la hipocresía secular; yuxtaposición de estilos y de motivos dramáticos, todo esto que es el cuerpo y el alma de *El hombre de la propiedad* se vuelve a hallar en variaciones emocionantes en sus demás obras.

LAS OTRAS NOVELAS. Entre las que se apartan de la Saga, *Flor Sombría*, *Más allá* y *El Progreso del Santo* se destacan en su producción total como esas cimas en que el sol se atarda. Puede el valle sufrir la pesadumbre de las sombras, pero en ellas aun vive la luz. La primera acentúa de modo bellísimo una nota que aunque presente en la mayoría de los libros de Galsworthy, no alcanza en otros vibración tan sostenida: el sentimiento de la naturaleza en relación con los estados anímicos.

El no limita su ternura a los personajes: la extiende por igual al mundo de la materia, desde la urbana, pétrea y esquinuda de Londres hasta el paisaje tirolés ingenuo como un villancico de Navidad. Mas inútilmente buscaríamos en sus páginas un trozo descriptivo como los que nos ofrecieron de ejemplo las antologías de la retórica clásica. No hace descripciones. Describir la naturaleza es un intento de fijar, de reducir lo que es infinitamente vario e infinitamente móvil. Nadie que sienta

---

(1). «No se le ocurrió preguntarse qué había hecho Bossiney cuando lo dejaron allí solo, si había sido a vagar como el perro al que le había comparado Swithin, a vagar en el matorral en donde aun encendía sus fuegos la primavera, los cuclillos musitaban desde lejos su reclamo y la fragancia (del pañuelo) se mezclaba con el perfume de la menta y del tomillo; a vagar allí con un dolor tan salvaje y exquisito en el corazón que hubiera sollozado entre os árboles.» *La Saga de los Forsyte*, vol I, pág. 160.



el poderoso hechizo del mundo exterior lo analiza. Una de dos: o el paisaje nos coge a nosotros y borra con ancha brocha las minucias de nuestros estados momentáneos, o éstos, agigantados por la pasión, se desbordan y los proyectamos nosotros en un reducido espacio del amplio telón del mundo. Así acontece generalmente a los personajes de que hablamos: desbordan su alma en el seno de la naturaleza, confidente silenciosa e infinitamente acogedora. *Flor Sombria* abunda en esta clase de cuadros. Basta abrir al azar el libro para encontrarlos:

Asomóse a la ventana en demanda de aire. ¡Qué noche, cuyas estrellas se ocultaban en aquel extraño y pesado bochorno, y cuya luna redonda y áurea, no tenía la menor transparencia! ¡Noche parecida a una negra trinitaria con su botoncito de oro! ¡Y qué silencio! De los árboles que tantos susurros envían a la noche, apenas si los álamos dejaban escuchar una voz. El aire inmóvil tenía contra las mejillas de Oliva una solidez de ensueño. No obstante todo aquel silencio, cuánto sentimiento, cuánta pasión, así en el aire como en su alma. ¡Que no pudiera ella atraerse a sí al amado del fondo de aquellos bosques, del fondo de aquel opaco río, atraérselo a sí de entre las flores y los árboles y el cielo de aspecto apasionado—atraérselo a ella que lo estaba aguardando allí, de suerte que dejara de ser una criatura incompleta, para fundirse en una con él y con la noche! (*Flor Sombria*, pág. 253.)

Atravesó un campo de heno recién segado, y encontrando un banco por allí, tendióse en él boca arriba, entre la hierba no cortada. Allá a lo lejos, al otro extremo, andaban unos hombres guadañando. ¡Qué hermoso estaba aquello! Las nubes cerniéndose livianas por encima de ella, los tréboles dándole en las palmas de las manos, y el pasto crecido y fresco rozándole las mejillas; mariposuelas azules, una alondra invisible, el aroma del heno maduro y los rayos del sol dándole en la cara y en el cuerpo. ¡Crecer y alcanzar la hora estiva! Eso debían hacer las criaturas todas. Tal era el sentido de la vida. Habían cesado sus dudas y temores. No sentía ya ni espanto ni remordimiento por lo que iba a hacer. Iba a hacerlo, porque debía. . . ¡Qué importaba que la hierba alcanzara su madurez para ser segada! Se sentía alegre y dichosa: un poder ignorado habíala dotado de corazón, infundiéndole aquel amor. ¡Fuere el que fuere tal poder, no podría estar quejoso de ella! Una abeja silvestre posósele en el brazo y ella la oxeó, dejándola revolotear entre su mano y el sol para admirar su opaco brillo. Hoy no habría de picarle. Las mariposuelas azules seguían revoloteando a su alrededor, sin asustarse, pues permanecía quietecita. Y los arrullos amorosos de las palomas no cesaban un punto, como tampoco el leve ruidillo de las guadañas.

¡Qué necesidad hay de explicar que nos encontramos en un doble estío: el climax después del cual inevitablemente descendemos por el sólo hecho de haber alcanzado la cumbre!

En *Mas allá* y *El Progreso del Santo* retiene otra nota. Como la anterior, rebulle en calidad de motivo accesorio en unas cuantas obras. Aquí, domina. Es la repercusión en los padres de las desventuras pasionales de los hijos. El de *Mas allá* tuvo su medio día tempestuoso. Conoce, porque la sufrió en su carne, la agonía del amor contrariado, del amor oculto, del amor in-

completo, del amor pecador. Cuando el tiempo ha cicatrizado en parte las heridas, la siente abrirse en la tragedia de su niña; asiste, sabiendo que no puede ofrecer un remedio, a la desesperación del ser que ama más: la hija en quien cifró toda el ansia de pureza, de paz y de ventura sobre el mundo. ¡Qué fácil es despreciar a la pecadora cuando no nos toca de cerca! Decir: ella se empecinó en casarse. ¿Que cometió una equivocación? Pues, tiene el deber de seguir siendo desgraciada para conservar su virtud y dar ejemplo de sumisión. ¡Fácil decirlo cuando las lágrimas de la hija no nos queman el alma! La sabemos y la deseamos digna de toda dicha. A pesar de lo cual, tendrá el padre que sufrir—acaso más que la hija—el menosprecio del vulgo, la sorda befa de los hipócritas, el alejamiento de muchos. Y si esto es amargo para cualquiera, ¡qué caracteres trágicos adquiere cuando, como el de *El progreso del Santo*, el padre ha hecho profesión de pastor de almas, voto de pureza, de castidad y de obediencia a las normas seculares!

Temas bien hallados, novedosos y patéticos son estos que enfrentan la ternura del otoño con la llama del estío, la llama de la pasión que enciende, que alumbra y que calcina.

\* \* \*

¿La impresión total? La de un artista que ama los muñecos que somos todos, pobres muñecos que creemos hablar en razón y sólo voceamos instintos, sentimientos, inclinaciones y limitaciones; muñecos que predicamos la virtud cuando—ya ahitos—han dejado de ladrarnos los lobos del deseo; que intentamos restañar lágrimas con teorías y aplacar ansias vitales con doctrinas filosóficas. Las teorías pasan, las doctrinas son falaces y lo único real es nuestra alegría cuando se nos vuelve bondad con bondad y amor con amor; nuestra amargura cuando, solos y heridos, nos debatimos en las sombras.

Su fuerza estriba en la profundidad del análisis y en la delicadeza con que lo ejecuta. Se diría que todos sus personajes: pecadores o santos, egoístas o dadivosos, apolillados por sus vicios o frescos como una mañana de sol, todos merecen de Galsworthy la misma mirada en que se mezclan una dulce ironía, una ternura infinitamente humana y una gran comprensión del dolor. ¡Bien o mal, error o verdad, ilusión o realidad, contemplados desde la alta cima deben parecer fases de una

misma cosa! Y es el mismo el dolor que sufrimos. ¡De qué sirve que me expliquen cómo me he acarreado estas penas por causa de mis propios defectos! ¡De qué sirve que me aseguren que sufro por una falacia! Mi dolor es idéntico y la misma la íntima tortura que pone sabor de muerte en mi boca.

De todas estas cosas nos habla en un estilo muy llano, sin retórica ni artificios, pero con un lenguaje tan extraordinariamente rico en matices, en medios tonos y en subentendidos, que verterlo en otra lengua es una tarea que solo pueden realizar bien sólo aquellos que alcanzaron en el uso de su vernácula, la maestría de Galsworthy sobre el idioma inglés. ¡Y son muy pocos!